

En donde se ve que Eva no es hija del cazador furtivo, pero no se sabe quién es su padre.

A la mañana siguiente de un día en que Eva había estado más apremiante que de costumbre, decidió el doctor hacer alguna diligencia.

Mandó á Escipion en casa de José con una carta pendiente del cuello, y que decía:

«Mañana de madrugada iré con mi fusil: necesito caza.»

A la mañana siguiente, á las seis, se encontraba Jacobo en casa de José.

Salieron, dispararon algunos tiros, mataron una liebre, dos faisanes y tres ó cuatro conejos, los que fueron encomendados á Escipion, orgulloso con su nuevo oficio.

Llegó la hora del almuerzo: tomaron asiento sobre la yerba y Jacobo Merey abrió su saco, y pan, jamon, frutas y una bota con vino salieron de él.

Cuando José, gracias á algunos tragos del benéfico licor, del cual no hebía con frecuencia, se puso de buen humor, Jacobo llevó la conversacion al terreno que deseaba.

—Mucho tiempo hace que no vienes á ver á la niña.

—Qué quereis, me causa mucha pena.

—Ha crecido bastante en cuatro años y se ha embellecido, añadió Jacobo.

—Qué importa, replicó José, si no habla.

—Eva habla muy bien y hasta es una sábia, mi buen José.

—Pero está todo el dia en una butaca sin poderse mover, como Samuel Simon.

—No lo creas, corre como un gamo.

—Qué placer tan grande me causa lo que me decís, Sr. de Merey; porque os aseguro que, aunque idiota, la amaba como si fuera su padre.

—Lo que quiere decir que no lo sois.

El leñador palideció; á pesar suyo había dejado escapar su secreto.

—He dicho una tontería.

—¿Porque has confesado que no eras su padre? Eso demasiado lo sabia yo.

—¿Cómo? preguntó el cazador sencillamente.

Jacobo se encogió de hombros.

—¿Contabas con ocultármelo á mí? ¿No has oido decir que yo hacia milagros, y que yo sabia todo como Dios? ¿Cómo quieres que el que anima á los idiotas y les da ingenio carezca de él para descorrer el velo de una intriga y descubrir un secreto? José, aquí para nosotros, me parece que ese secreto es un crimen, ó cuando ménos una mala accion.

—¿Por qué?

La familia de la pobre Eva ha querido desentenderse de un sér, inerte é inútil, en lugar de procurar que la ciencia hiciera lo que ha hecho, modelar como el escultor con el mármol. Primero pensarian arrojarla á un estanque, ó ahogarla entre dos colchones; pero el miedo les ha detenido, se sabia sin duda que existia esa niña; de todos modos, ¡Dios lo sabe! si no temieron la justicia humana temieron la de Dios.

Sin contradecir ni aprobar, hizo José un movimiento cual si dijera:

—Tal vez teneis razon.

—Sin duda tú habrás pensado en esto, ¿no es cierto?

—Sí señor; y confieso que no sin zozobra.

—Pues bien; para tranquilizarte, cuéntame todo lo que sepas con respecto á Eva.

—No tendria inconveniente, Sr. Jacobo, porque tanto á ella como á nosotros nos habeis hecho un gran beneficio; pero...

—¿Pero qué?

—Si lo que os refero puede comprometerme ó perjudicar á la niña...

—Te ofrezco que solo ella sabrá lo que me confies.

—Sobre todo, hace ya algun tiempo, repuso José con resolucion, que me pesa ese secreto, y tengo necesidad de participarlo.

—Habla; te escucho.

—Era el 29 de Diciembre de 1782: es decir, que hará diez años á fin del actual: el hielo y la nieve cubrian el campo, y yo, la verdad, dije: José, buen tiempo para disparar algun tiro; y llamé á mi perro.

—¿Escipion?

—No; su antecesor, el cual no tenia un nombre tan retumbante; se llamaba Carzarel; salimos, y empecé á cazar; cayeron dos liebres, y entre tanto mi madre hilaba esperándome, cuando la puerta de nuestra cabaña se abrió y entraron dos hombres enmascarados. La pobre anciana se asustó; creia que iban á prenderme, porque los señores de Charelay han sido siempre muy severos para los cazadores en vedado. Decian que habian hecho ahorcar á uno en el parque del castillo bajo pretexto que tienen derecho sobre vida y haciendas: aquellos hombres tranquilizaron á mi madre, la dieron los buenos dias y uno de ellos se adelantó hácia ella, dejando un poco más atrás á su compañero, quien tenia un bulto bajo la capa.

—Mujer, la dijo: sé que habeis sido buen ama de cria y buena madre, aunque vuestro hijo sea hoy un bandido.

—Caballero, exclamó mi madre, ¿cómo decís eso de mi pobre José?...

—Ahora no se trata de él, sino de vos: ¿podeis encargaros de una niña?

—Ciertamente, señor.

—¿La amareis?

—Como si fuera mia; ¡pobre ángel!

—Sois más anciana de lo que creia yo.

—Los niños y las ancianas se entienden bien.

—Pero debo advertiros una cosa.

—¿Cuál?

—Que es una niña tonta.

—Entonces con más motivo necesita que la cuiden.

—Pues vos la cuidareis.

—Sí; pero somos pobres: seria preciso para que esa niña no carezca de nada, que nos ayudasen los padres.

—¿Cuánto quereis por año para cuidarla con esmero?

—Cien francos, dijo mi madre despues de calcular un momento; ¿os parece mucho?

—Se darán trescientos francos al año ínterin este aquí la niña, y quinientos ahora.

—¡Oh! caballero, lo que es así podrá estar como un princesa.

—Pues bien, aquí teneis quinientos francos y el primer mes adelantado: hacedme un recibo del dinero y de la niña.

—¡Ah! caballero, no sé escribir; ¡qué desgracia!

—¡Diablo! exclamó aquel hombre volviéndose hácia su compañero, esto es lo peor.

Yo habia escuchado casi toda la conversacion, porque al ver entrar á dos hombres, me apresuré á volver; me adelanté pues hácia ellos.

—Yo sé escribir, dije, y os daré el recibo que pedís.

—¿Quién es este hombre? preguntó el enmascarado.

—Es mi hijo, caballero; el que habeis llamado bandido.

—Ahora no se trata de eso, madre mia; que me llamen como gusten; yo estoy convencido de ser un hombre honrado y me basta.

Saqué pluma, papel y tintero, porque me parecia un buen negocio y no queria perderle.

—Dictad, dije sentándome delante de la mesa y disponiéndome á escribir.

El enmascarado se apoyó en el respaldo de mi silla para ver si escribia lo que me decian, y dictó:

«Hoy 29 de Diciembre de 1782, he recibido de manos de un desconocido una niña de cinco años, reconocida como idiota incurable y me comprometo, en nombre de mi madre y mio, á tenerla con nosotros en este ó en otro domicilio que ocupemos hasta que me

sea reclamada por la persona que presente este recibo y la mitad del luis de oro que me entregan en este momento.»

El desconocido sacó un luis cortado de un modo extraño, pero cuyas dos mitades se unian perfectamente; me dió una y guardó la otra, continuando el dictado.

«El que deposita á la niña en manos de José Blagny y de su madre, además de la cantidad de ochocientos francos que ha entregado, se compromete á pagar trescientos francos al año, siempre adelantados, y si muriesen la madre ó el hijo, el que sobreviva percibirá la dicha cantidad.

»Cuando cumpliere la niña quince años, como es fácil necesite hacer otros gastos, se harán nuevas condiciones.

»Segun sea el cuidado, así será la recompensa.»

—Firmad, me dijo, por vos y por vuestra madre.

«Acepto y me conformo con las condiciones indicadas en este recibo, y las que mi madre acepta tambien y reconoce.

»JOSÉ BLAGNY.»

—Y ahora, le pregunté al enmascarado, ¿teneis algo más que encargarme?

—Sí.

—¿Qué?

—Que guardéis silencio.

—Fácil es, contesté; porque solo nos agrada la compañía de los árboles, de los animales y de las flores, y esas no hablan. En esta cabaña no vemos á nadie, y aun entre nosotros apenas nos damos los buenos días: el labrador más grande es Canard, y ese no charla, ladra.

El enmascarado que habia tomado parte activa en esta escena, tomó el recibo, lo leyó, lo guardó en el bolsillo y le dijo á mi madre:

—Vamos, venid y extended el delantal.

Mi madre se acercó y recibió en el delantal á la pobre idiota tal y como la visteis.

—¿Cómo se llama? preguntó mi madre.

Sin duda temió el desconocido que consultáramos las partidas de bautismo, porque contestó:

—Inútil será que lo sepais puesto que no contesta á nada: sabed solo que es católica.

Y volviéndose hácia mí añadió:

—¿Has oido? Solo te recomiendo el silencio.

—Los dos hombres salieron, pero uno de ellos le dijo al otro.

—¿Que se queda Escipion!

Entonces me fijé en un perro negro que se habia acostado delante del hogar con la misma franqueza que si estuviera en su casa.

—Escipion, dije yo, ¿no oyes que te llaman?

El perro no se movió.

Me preparaba á echarle, cuando dijo uno de ellos:

—Dejadlo; quiere mucho á la niña y ella no conoce á nadie más que á él: para reembolsarte de lo que gastes en su manutencion, te doy palabra de que jamás el señor de Charelay te perseguirá por cazar en vedado.

Y salió diciendo:

—Quédate, Escipion, quédate.

Permiso que no necesitaba el perro, pues parecia estar resuelto á quedarse.

—Y ahora Sr. de Merey, continuó el leñador, ya sabeis todo.

—¿Y la renta os la han pagado puntual?

—Escudo sobre escudo.

—¿Quién?

—El que traia á la niña envuelta bajo su capa.

—¿Y no habeis podido saber nada cuando ha venido?

—Nada. Creo que es sordo y mudo; cuando hablaba con su compañero era por señas, y el otro le contestaba lo mismo.

—¿Y absolutamente sabeis nada más?

—Nada.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Volved á casa y enseñadme la mitad del luis de oro, porque lo conservareis, supongo.

—Ya lo creo: está en el relicario de mi madre con un hueso del dedo de Santa Solange.

El doctor se levantó y tomó el camino de la cabaña.

Diez minutos despues llegaron, y José sacó y entregó al doctor la media pieza de oro.

Era la mitad de un luis con la efigie de Luis XV del año de 1769.

No tenia nada de particular más que la habian cortado formando ángulos para que fuera imposible cometer error ó engaño.

El doctor no estaba muy adelantado en sus investigaciones, solo que habia adquirido la certeza de que Eva no era hija del cazador.

XVI.

En donde nos es preciso abandonar la vida privada de nuestros personajes, para ocuparnos de los asuntos públicos.

Al entrar en Argenton se admiró Jacobo de la efervescencia que reinaba en aquella poblacion tan tranquila y sosegada.

Pero lo que más aun le sorprendió fué que, apenas le vieron los habitantes, cuando le rodearon pidiéndole consejos sobre lo que en circunstancias tan críticas debian hacer.

—En primer lugar, dijo Jacobo Merrey, será preciso saber de qué se trata antes de daros mi opinion.

—¡Cómo! ¿no lo sabeis? exclamaron veinte voces á un tiempo.

—Imposible; gritaron otras veinte.

Jacobo se encogió de hombros, como aquel que ignora lo que ocurre.

—¿Asuntos políticos? preguntó.

—Pues ya lo creo; asuntos políticos.

—¿Pero qué sucede?

—Vamos, gritó un individuo, os hæeis el desentendido, cuando sabeis más que nosotros.

—Amigos míos, dijo con dulzura Jacobo Merrey, ya sabeis cómo vivo, y que no siendo para visitar á algun enfermo pobre, no salgo de mi casa: trabajo é ignoro por completo lo que sucede más allá de las cuatro paredes que me rodean; me ocupo de la ciencia para que esta pueda seros útil, y más tarde á la humanidad en general.

—¡Ah! ya sabemos que sois un hombre honrado; os conocemos, os respetamos, y esperamos daros pronto una prueba. Precisamen-

te por ese cariño y por ese respeto os preguntamos qué debemos hacer en el caso á que hemos llegado.

—Pero, mis buenos amigos, ¿cuál es ese caso en que nos encontramos? preguntó el doctor.

—En París se están batiendo; dijo uno de los hombres que rodeaban á Jacobo.

—¿Cómo que se están batiendo?

—Es decir, se han batido, pues ya creo que todo se acabó; dijo otro.

—¿Y qué es lo que se acabó, hijos míos?

—Pues bien, escuchad: el pueblo ha querido entrar en las Tullerías como el 20 de Junio, ya lo sabeis, aquel día en que Capeto se puso el gorro tricolor.

—No sé nada, pero continuad.

—El rey se ha opuesto, y los suizos han hecho fuego sobre el pueblo.

—¿Contra el pueblo? ¿Los suizos han tirado sobre los parisienses?

—Había marseleses y guardias franceses, y parece que son los que más se han ensañado; se han batido en el patio de las Tullerías, en el vestíbulo, en los salones, en los jardines. Parece que se encuentran 700 suizos muertos y 1.000 ciudadanos.

—Sí, dijo otro: creo que ha sido horroroso; como que al arrabal San Antonio y al de San Marcelo han llevado los muertos á carretadas, porque casi todos eran de allí. El reguero de sangre servía de guía, y despues los tendian á los dos lados de la calle, y cada cual en medio de gritos y sollozos buscaba sus parientes.

—¿Y el rey? preguntó Jacobo Merey.

El rey se ha retirado á la Asamblea nacional con toda su familia, poniéndose bajo la proteccion de la nacion. Pero el pueblo ha invadido la Asamblea pidiendo el destronamiento, á lo cual la Asamblea ha contestado que no está en sus atribuciones resolver en caso tan grave, que le tocaba á la Convencion, y han decidido que el rey viva en el Luxemburgo.

—Allí á lo ménos, dijo Jacobo Merey sonriéndose, si quiere evadirse puede hacerlo fácilmente por las Catacumbas.

—Justamente; eso fué lo que dijo el ciudadano Manuel, secretario del Ayuntamiento, y entonces decidieron que el rey seria conducido al Temple, y allí está preso.

—¿Y cómo sabeis esos detalles?

—Primero, por *El Amigo del Pueblo*, el periódico del ciudadano Marat; despues, el segundo alcalde ha vuelto de París, y él estuvo en la Asamblea todo el día 10 de Agosto.

—¿Y se sabe qué es lo que piensa hacer la Asamblea nacional? interrogó Jacobo Merey.

—Nada con respecto al rey; pues primero piensa dar la cara al enemigo.

—Verdad es, repuso Merey con profunda tristeza; el enemigo está en Francia; ¿y qué ha decretado la Asamblea con respecto á eso, porque es el peligro real?

—Ha decretado que *la patria está en peligro* y que se harian en las plazas públicas los alistamientos voluntarios.

—¿Y qué noticias hay de los enemigos?

—Que están en Longwy, y que marchan hácia Verdun.

Jacobo Merey lanzó un suspiro.

—Amigos míos, repuso; en circunstancias como las que atravesamos, cada cual debe sondear su conciencia é interrogarla para saber lo que debe de hacer; todo aquel que es jóven, todo el que puede manejar un fusil, todo el que no pueda servir á la Francia sino con las armas en la mano, debe tomarlas.

Pero tenemos una Asamblea nacional, valiente y leal, y debemos ante todo tener confianza en ella. Lo que puedo deciros de antemano es que la Francia no caerá; la Francia es la nacion preferida por el Señor, puesto que en ella ha prodigado el sentimiento más noble del corazón del hombre; el amor á la libertad. La Francia es el faro que alumbrá al mundo, y ese faro ha sido encendido por los hombres más grandes del siglo XVIII. Por Voltaire, por Diderot, por Grimm, Alembert, Rousseau, Montesquieu y Helvetius.

Dios no ha creado tan sublimes génius para que su paso por la tierra sea inútil y borradas sus huellas. El cañon de la Prusia destruirá nuestras murallas, pero no puede derribar la enciclopedia:

sed franceses fieles y dejad al cuidado de la Providencia la marcha de los acontecimientos.

—Pero, sin embargo, es preciso que alguno nos dirija; os pedimos un consejo y esto no se rehusa.

—Amigos míos, contestó Merey, si yo hubiera vivido últimamente en París, si perteneciera á la Asamblea nacional, si hubiera seguido con la vista y con el pensamiento lo sucedido en Francia y en el extranjero durante estos cuatro ó cinco años, tal vez podría dirigiros y aconsejaros en las terribles circunstancias á que nos han conducido la mala fé, la desidia y la traicion real. Pero no soy más que un pobre médico, que no tiene ninguna pretension á figurar en los acontecimientos públicos, y que ruega á la Providencia, que me deje continuar mi camino y vivir en medio de vosotros para hacer todo el bien que me sea posible.

—Pero ahora, doctor, ¿qué vais á hacer? preguntaron mil voces.

—Lo que hasta hoy: continuar ayudándoos en vuestras enfermedades ó vuestras desgracias. Deslumbrado en mi juventud por los ensueños y locas ilusiones de esa edad, creí haber nacido para algo grandioso y que tenia un sitio en los cataclismos que las revoluciones debian imponer á la sociedad; me equivocaba. Como Jacob, he luchado con el ángel y estoy cansado de esta lucha. Creí por un momento que era el hombre rival de Dios, y que como él podia crear. Dios ha tenido lástima de mi pequeñez, y considerándome como el aprendiz del escultor sublime, me ha dado una obra bosquejada ya para que la concluyera, y ha pagado mi trabajo, no con el orgullo, sino con la felicidad. ¡Gracias á Dios!

Estas palabras parecia que causaban en la multitud, no solo asombro, sino profunda tristeza: algunos de los que aparecian como jefes de aquella reunion cambiaron algunas palabras entre ellos y despues hicieron seña para dejar el paso franco al doctor.

Pero uno de ellos se colocó en medio de su camino como un obstáculo, y le dijo:

—Si vos ignorais lo que valeis, nosotros lo sabemos y no permitiremos que un hombre tan científico y tan buen patriota permanezca olvidado en una poblacion como esta, cuando se preparan

acontecimientos tan graves y sin ejemplo en los anales de los pueblos. El enemigo está en Francia, sobre todo en París; la Francia necesita de sus hijos, y no se dirá que el mejor de ellos la rechaza: pasad, Sr. Jacobo Merey; mañana tendreis noticias mias.

Y dejó libre el paso al doctor, quien entró en su casa sin que nadie volviera á detenerle.

Jacobo anhelaba ver á Eva. Desde el dia anterior por la tarde carecia de su presencia, pues como habia salido muy temprano, no habia querido despertarla.

Eva le esperaba en la puerta del jardin.

—¿Salias á mi encuentro, amor mio? preguntó Merey.

—Sentia que os acercábais y despues os habeis detenido; ¿no es cierto?

—¡Oh! Yo no me detuve; fué la poblacion entera quien me pedia consejos sobre lo que debian hacer, y yo les he dicho que me dejaran volver lo más pronto al lado de mi Eva.

—Casualidad; tambien yo me detuve en donde estaba, despues de haber andado un trecho para encontraros, y cuando me dejaron libre para venir, me parecia que tenia alas y corrí hasta aquí.

—Ven, querida Eva, la dijo rodeando con su brazo el talle flexible de la jóven; ven, tengo que hablar contigo de cosas serias.

Y la condujo al pabellon de los tilos. Interin que el doctor hablaba con Eva de asuntos graves, es decir, se aseguraba de que era amado y afirmaba que él la adoraba, crecia la alarma en la poblacion, la que se aumentaba con las elecciones para la Convencion nacional.

Estas elecciones se hacian en Chateauroux. Lo mismo en Argenton que en otros puntos, dos partidos se encontraban frente á frente. El del rey y el del pueblo.

Los que se dirigian á Jacobo Merey y le preguntaban qué debian hacer, eran los populares, que le miraban, no solo como á un médico sábio, sino como al amigo de los pobres, como un hombre desinteresado, y pensaban que aquellas cualidades eran suficientes para que fuera un gran ciudadano, y estaban prontos á seguir en todo sus consejos.

Pero Jacobo Merey tenia ante todo conciencia, y absorto en su obra durante cinco ó seis años, se habia alejado por completo de toda cuestion política y no estaba bastante al corriente del estado de la Francia para dar consejos de los que no estuviera muy seguro.

Además, Jacobo Merey habia llegado á esa edad en que el hombre ama con toda su alma, tanto más cuanto que en la época en que el hombre prodiga su amor á todas las mujeres, él no se habia ocupado sino de la ciencia.

Habia conservado reconcentrada en sí mismo esa ilusion que se desarrolla en la adolescencia y que brilla en todo su esplendor en la primavera de la vida, á los límites de la cual llegaba el doctor cuando, como una flor que se abre, como un fruto que se sazona y madura, apareció Eva, rosa y fruto á la vez que se abria y se sazonzaba delante de sus ojos, y que absorbió sus miradas en un principio y despues se hizo dueña de sus pensamientos.

Jacobo creyó trabajar y crear para la ciencia, y creó para el amor.

Por eso cuando José le habló de aquella familia desconocida que podria reclamar algun dia á Eva, cuando le enseñó y le entregó aquel luis de oro, del que la mitad ausente amenazaba siempre su felicidad, pensó qué seria de su vida sin Eva, y desesperado de su perspectiva, de su soledad árida, desierta, tomó su cabeza entre las manos y murmuró estas dos palabras, que se escapan en los momentos de dolor hasta de los labios más ateos:

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

Y en el momento en que, tembloroso aun por esta emocion tan poderosa, volvía á su casa, era cuando le proponian que relegase aquel amor, que era su vida, para ocuparse de ese indescifrable problema que se llama progreso, de esa fugitiva diosa llamada libertad.

Tal vez hubiera vacilado antes de ver á Eva; pero despues, imposible.

Aquella mujer apenas formada todavía, ¿no era á la vez su hija y su amante?

Se sabe hay corazones que sienten de un modo tan poderoso la necesidad de amar, que se apasionan en la soledad de un pájaro, un insecto ó una flor; con más razon amaba el doctor á la que pensaba y existia por él.

Habia encontrado un estuche vacío, y en él colocó un tesoro de inteligencia, de juventud y de hermosura.

El estuche era suyo y podia sin temor ni remordimientos guardarlo en su corazon.

Y esto era lo que hacia Jacobo Merey, pues le juraba á Eva que jamás se separaria de ella.

En el instante en que pronunciaba aquel solemne juramento, se dejaron oír los sonidos aquellos de la trompeta de Bautista, y despues la voz de éste anunciando al pueblo la toma de las Tullerías, la caída del rey y su encarcelamiento en el Temple.